

Los sacrificios humanos de la izquierda y guerra mundial contra los pueblos

José Luis Rocha

Palabras clave:

izquierda, socialismo, sandinismo, Nicaragua, Venezuela.

Resumen

Este ensayo sostiene que la izquierda debe ser ponderada a partir de sus realizaciones prácticas para promover un izquierdismo que asuma críticamente su pasado. Así como el progreso ha supuesto empresas que prometen civilización, pureza racial o crecimiento económico para consumir sus holocaustos, la izquierda ha consumado los suyos olvidando o incluso triturando los derechos más básicos de los individuos históricos en nombre de la construcción del hombre nuevo. La situación real de esos individuos debe ser el criterio del escrutinio crítico de las aventuras de los socialismos históricos.

Durante la Guerra Fría, los gorilas latinoamericanos asesinaban, desaparecían y encarcelaban en nombre del anticomunismo a los ciudadanos sometidos bajo sus botas. Ahora los líderes de la izquierda nos masacran en nombre del socialismo y el antimperialismo, porque el pueblo debe ser castigado cuando es tan estúpido como para no reconocer lo que le beneficia y escupe las manos de sus libertadores. Napoleón, ese instrumento del naciente orden burgués —progreso, dice la narrativa predominante—, impuso los principios de la Revolución francesa a punta de sables y sobre un volcán de cadáveres. En una misiva a uno de sus lugartenientes, fue quien mejor formuló la idea de que el progreso con sangre entra: “Si el pueblo rechaza su propia felicidad, el pueblo es culpable de anarquía y merece ser castigado”.

Maduro y Ortega castigan al pueblo desubicado e insumiso. Les sobran balas para cobrar cara la ingratitud y la nula conciencia de clase. A capela o con gran orquesta, los aplauden Tariq Ali, Atilio Boron, Emir Sader e Ignacio Ramonet. Se suman los políticos-consultores de Podemos en España, esos que escamotean al fisco los petrodólares que el chavismo les paga por sus asesorías (sirva la postración de Venezuela como test de su tino y eficacia). José Mujica coloca paños tibios sobre un tajo sangrante cuando dice que Ortega debe darse cuenta de que a veces llega el tiempo de dejar el poder y no dice ni pío sobre las masacres y los centenares de presos políticos. Oteando hacia Venezuela, conjura el peligro de una intervención militar y recomienda al pueblo no salir a manifestarse ni ponerse delante de las tanquetas para no ser arrollados como en efecto ha ocurrido,¹ pero ni el voto con los pies de los millones que han migrado ni la evidencia del repudio de los millones que se han manifestado en las calles consiguen arrancarle siquiera un comentario marginal. En la otra punta de América Latina, estrenando la silla del águila, Andrés Manuel López Obrador descalifica la visión plural y consensuada (también disensuada) de la Organización de Estados Americanos (OEA) por injerencista. Acto seguido se autoproponer como mediador. Sobre los muertos y los presos: silencio. López Obrador quiere entrar a la negociación (¿o solo pide diálogo?) a grandes zancadas para disminuir la posibilidad de tropezarse con los cadáveres.

De ahí las preguntas que se hace y nos hace Raúl Zibechi: “¿Cómo pudo José Mujica guardar silencio durante tantos meses —mientras en Nicaragua morían cientos de jóvenes, y ante la carta abierta de Ernesto

Cardenal— hasta pronunciar al fin algún tipo de crítica a Ortega? ¿Cómo pueden algunos connotados intelectuales latinoamericanos justificar la matanza con argumentos insostenibles o con un silencio que los convierte en culpables? ¿Qué los lleva a pedir la libertad de Lula sin revolverse contra el Gobierno de Nicaragua?”². Todos los personajes que identifiqué por sus nombres propios son intelectuales y políticos que me merecen cierto respeto. Unos más, otros menos, todos han demostrado tener atisbos de lucidez en más de un episodio de sus vidas, sus discursos y sus textos. Por eso me sorprende verlos subestimando, desestimando o incluso descalificando las manifestaciones de repudio a los regímenes de Ortega y Maduro. A su juicio, no son revueltas genuinas, sino levantamientos hábilmente concebidos y meticulosamente ejecutados por el imperialismo. Si participan las masas, debe ser porque las engañaron. Al fin y al cabo, fueron esas masas alienadas las que auparon a Bolsonaro. La izquierda a la que Jean-Paul Sartre criticaba hace más de 60 años, cuando los tanques soviéticos machacaron la rebelión húngara contra el Pacto de Varsovia, descalificaba no solo al pueblo húngaro, sino a sus obreros en rebelión: “¿La clase obrera? Muy bien, sí, la clase obrera, ¿qué hay con eso? ¿Cree usted que es infalible? ¿Se ha movido, acaso, cuando Luis Bonaparte dio su golpe de Estado? ¿Acaso no había obreros detrás de Mussolini, detrás de Hitler?”³. Las masas pueden equivocarse. Suelen equivocarse. El intelectual comunista Roger Garaudy sostenía “que no se puede abandonar al proletariado a sus reacciones espontáneas”⁴. Entonces, ¿en quién habita la soberanía? En principios inalienables, según ellos. La soberanía para la izquierda es un ente impersonal. El pueblo en

1 *El País* (1 de mayo de 2019).

2 Zibechi, R. (5 de octubre de 2018).

3 Sartre, J.-P. (1983), p. 22.

4 Citado en Sartre, J.-P. (1983), p.45.

las calles no es soberano ni autodeterminado. Es manipulado y dependiente. Sobre todo si se manifiesta contra sus cuates.

La teoría de la conspiración como meme de la izquierda y la derecha

Pensadores de ojo crítico se apartaron de la izquierda cuando vieron que las purgas del estalinismo cosechaban entre las filas de sus correligionarios las más burdas justificaciones. Me refiero a Arthur Koestler, George Orwell y Raymond Aron, entre otros. Incluso Isaac Deutscher, de juicio siempre matizado y poco perturbado por prejuicios, penetró con fácil empatía en la experiencia que marcó a estos que llamó *herejes y renegados*: “No puede haber tragedia mayor que la de una gran revolución que sucumbe al puño que tenía que defenderla de sus enemigos. No puede haber espectáculo tan repugnante como el de una tiranía postrevolucionaria vestida con las banderas de la libertad. El excomunista está moralmente tan justificado como lo estaba el jacobino al denunciar el espectáculo y revolverse contra él”⁵.

Mientras esos intelectuales ejercían la crítica, otros se plegaban al poder del zar rojo. Siempre había una conspiración a la que atribuir la necesidad imperiosa de medidas excepcionales. La idea de la conspiración es un meme en el sentido que le dio el biólogo británico Richard Dawkins, como unidad de transmisión cultural que se replica a la manera de los genes: “Al igual que los genes se propagan en un acervo génico al saltar de un cuerpo a otro mediante los espermatozoides o los óvulos, así los memes se propagan en el acervo de memes al saltar de un cerebro a otro mediante un proceso que, considerado en su sentido más amplio,

puede llamarse imitación”⁶. La mejor forma de frenar la propagación de un meme es someterlo a escrutinio crítico. El problema es que hay memes autoinmunes. El meme de la conspiración es uno de ellos: la ausencia de pruebas de la conspiración es la mejor prueba de que la conspiración fue montada sin fisuras y con el más temible profesionalismo. En el caso de Nicaragua, la ausencia de pruebas de que la rebelión fue auspiciada por la derecha imperial es la mejor prueba de que instituciones del más alto nivel —como la CIA y sus comparsas— participaron en su diseño y ejecución.

Podemos seguir esta lógica para reducir las tesis de la izquierda bolivariana al absurdo: ¿no será que Maduro y Ortega son agentes del imperialismo yanqui en su versión más trasnochada —la que revive la Guerra Fría—, dado que sus crímenes, su enriquecimiento ilícito y la debacle económica a la que han llevado a sus pueblos no tienen otro objetivo que el de hacer aborrecible todo lo que huele a socialismo? Así como Bernard Madoff con su golpe a la confianza en Wall Street pudo ser etiquetado por la extrema derecha como un agente islámico-palestino (de Hamas) que socavó la base del Estado judío de Israel,⁷ Maduro y Ortega podrían ser presentados como más eficaces vacunas antisocialistas.

A la teoría de la conspiración de la derecha, que atribuye todos los males y movimientos de la geopolítica a la mano a veces no tan visible de Putin o a los desmanes del fundamentalismo islámico, corresponde la teoría de la conspiración de la izquierda que atribuye todas las penurias del sur a la derecha imperial. Como señaló Sartre: “Lucha de clases: esas tres palabras que designan una realidad moviente (...) son forzadas por voso-

5 Deutscher, I. (1970), p.19.

6 Dawkins, R. (1994), p.251.

7 Petras, J. (26 de diciembre de 2008).

tros a significar ‘la mano del tío Sam’, y en ese momento os ponéis al mismo nivel de una derecha imbécil que ve en todas las huelgas ‘la mano de Moscú’⁸. Reduccionismo, simplificación de izquierda o de derecha. En ambos lados, el pensamiento único es un único pensamiento que, por mucho que le pese, exhibe sus raíces religiosas.

El apoyo que algunos intelectuales han dado a los Gobiernos criminales de Nicaragua y Venezuela se explica por una fidelidad al dogma semejante a la que Sartre encontró en los comunistas franceses que apoyaron la invasión militar soviética a Hungría y la masacre de obreros húngaros en 1956: “Su convicción nace de un acto de fe: ‘Dado que el Ejército Rojo no puede disparar sobre obreros a menos que sea un caso de necesidad extrema, hay que reconocer que la masacre de Budapest era necesaria’. Para ellos, la estructura socialista de la URSS decide sus relaciones con los países socialistas que la rodean y sus relaciones solo pueden ser socialistas”⁹. Para Boron, Ali y otros, los Gobiernos de Maduro y Ortega solo pueden ser atacados por contrarrevolucionarios financiados por el imperio y toda masacre que perpetran la hacen en beneficio del socialismo. En líneas anteriores, Sartre denuncia incluso que la opción antecede a toda información: “Los que dan por supuesta la necesidad de la intervención rusa han tomado posición inmediatamente y sin contar con la más mínima información. No es Hungría lo que les interesa: es la URSS”¹⁰. No son los nicaragüenses o los venezolanos, no son sus penurias ni su destino, lo que interesa a Boron *et al.*, sino la inmaculada concepción del socialismo.

La izquierda como religión y el socialismo “natural”

El historiador Yuval Noah Harari mostró las raíces religiosas de diversas corrientes ideológicas seculares occidentales: “A menudo se presentan los últimos 300 años como una edad de secularismo creciente, en la que las religiones han ido perdiendo importancia. Si hablamos de las religiones teístas, esto es correcto en gran parte. Pero si tomamos en consideración las religiones de ley natural, entonces la modernidad resulta ser una época de intenso fervor religioso, esfuerzos misioneros sin parangón y las más sangrientas guerras de religión de la historia. La edad moderna ha asistido a la aparición de varias religiones de ley natural nuevas como el liberalismo, el comunismo, el capitalismo, el nacionalismo y el nazismo. A estas creencias no les gusta que se las llame religiones, y se refieren a sí mismas como ideologías. Pero esto es solo un ejercicio semántico. Si una religión es un sistema de normas y valores humanos que se fundamenta en la creencia en un orden sobrehumano, entonces el comunismo soviético no era menos religión que el islamismo. (...) Mientras que los budistas creen que la ley de la naturaleza fue descubierta por Siddharta Gautama, los comunistas creían que la ley de la naturaleza la descubrieron Karl Marx, Friedrich Engels y Vladímir Ilich Lenin. La semejanza no termina aquí. Al igual que las demás religiones, el comunismo también tiene sus Sagradas Escrituras y libros proféticos, como *El capital*, de Karl Marx, que predecía que la historia pronto terminaría con la inevitable victoria del proletariado. El comunismo tenía sus fiestas y festivales, como el Primero de Mayo y el aniversario de la Revolución de Octubre. Tenía teólogos

8 Sartre, J.-P. (1983), p. 31.

9 *Ibidem*, p. 25.

10 *Ídem*.

adeptos a la dialéctica marxista, y cada unidad del ejército soviético tenía un capellán, llamado comisario, que supervisaba la piedad de soldados y oficiales. El comunismo tenía mártires, guerras santas y herejías, como el trotskismo. El comunismo soviético era una religión fanática y misionera. Un comunista devoto no podía ser cristiano ni budista, y se esperaba que difundiera el evangelio de Marx y Lenin incluso al precio de su propia vida”¹¹.

De forma análoga a la religión, las ideologías de izquierda y derecha han tratado de ponerse a resguardo de la crítica. Parafraseando la distinción de Hegel entre religión positiva y religión natural, podemos decir que hay algunos sectores de la izquierda que distinguen —usando otros términos— entre un “socialismo positivo” (o histórico) y un “socialismo natural” (ideal). Con la aplicación tropicalizadora, esta distinción reaparece como “sandinismo positivo” y “sandinismo natural”. El primero es el sandinismo histórico, lleno de defectos, supersticiones y corrupciones. El segundo es el sandinismo conforme a la razón, que permanece impoluto en el mundo de las ideas, en un más allá donde no caben máculas ni errores. El sandinismo natural no admite críticas. Por definición, es el que se usa para criticar y ponderar las desviaciones del sandinismo positivo.

Las mismas distinciones son aplicadas al bolivarianismo (o chavismo): en algún sitio hay una revolución bolivariana que no pudo desplegar todos sus beneficios debido a la agresión imperial. Hugo Chávez es presentado como una especie de Gamal Abdel Nasser caribeño. Nasser luchó contra el imperialismo anglofrancés, Chávez contra el imperialismo yanqui. Ambos tuvieron que tomar decisiones

extremas y sacrificar miles de vidas. La represión de los opositores, aunque repudiable —para los que la perciben—, fue la única vía de sobrevivencia que le quedó al chavismo. No hay que hablar del chavismo histórico. El deber de la izquierda es defender el chavismo natural y atribuir la brecha entre uno y otro chavismo al bloqueo y las conspiraciones del coloso del norte.

Sartre rechazó esta distinción: “Sería presuntuoso y vano el crear nosotros mismos, por las necesidades de la causa, una teoría abstracta que podríamos llamar el ‘verdadero’ socialismo o el ‘puro’ marxismo: se nos diría, con razón, lo que me dice mi corresponsal: ‘es su filosofía personal: nadie la suscribe’”¹². Este filósofo existencialista considera que está obligado a mostrar “en sus grandes líneas la política socialista (...), haciendo, la única que sea a la vez requerida y sostenida por la realidad”¹³.

Hegel enuncia y supera esa dicotomía. Parafraseándolo de nuevo, podemos decir que el concepto de un “sandinismo natural” (o “chavismo natural”) es demasiado desencarnado y pobre como para servir de medida. Así como para Hegel toda manifestación de la vida está llena inevitablemente de elementos irracionales, es preciso hacerse cargo de que todo sandinismo está lleno de elementos irracionales y corruptibles y de que no existe posibilidad de entender el sandinismo fuera de sus concreciones históricas. Cualquier otra opción es una estrategia para sustraerse a las críticas y cumple el objetivo contrario al pretendido: en lugar de aproximarse, se aleja de ese sandinismo concebido como horizonte de posibilidades. A la postre, es como si Ortega dijera: “No me juzguen por mis actos.

11 Harari, Y. N. (2015), pp. 253-254.

12 Sartre, J.-P. (1983), p. 14.

13 *Ibidem*, p. 15.

No representan mi verdadero yo. Hay una esencia ortegana que no he podido desplegar y que late en mi potencial irrealizado". El resultado es siempre el mismo: anular la crítica por medio de un platonismo, según el cual hasta ahora no hemos hecho más que contemplar las sombras sandinistas (o socialistas) en la caverna en lugar de la realidad.

La realidad y la idea del sandinismo, o del izquierdismo, se conectan en la práctica. Los actos concretos tienen un efecto sobre el ideal socialista o sandinista. Sartre lo enunció hace tiempo: "Cuando, en las jornadas de octubre, hacíais fuego, cuando los carros del ejército comunista, a pedido de un jefe comunista, masacraban a los obreros comunistas, era el socialismo mismo el que vuestras balas y vuestros obuses hacían estallar en pedazos"14. El sandinismo real estalló en pedazos y quedó hecho trizas tras más de 300 muertos y más de 700 encarcelados. Y será el sandinismo real, y no solo el orteguismo, el que pague el precio.

Virtud y terror: holocaustos y disciplina partidaria

Las teorías de la conspiración han servido para justificar el terror. La distinción entre lo histórico y lo ideal han ayudado a tomar distancia del terror que una vez se ejerció y del que la historia de la izquierda (y, por supuesto, mucho más aún de la derecha, con la salvedad de que esta no proclamaba la emancipación de aquellos a quienes luego masacraría) desde que se la conoce con tal nombre. La virtud y el terror fueron una consigna desde sus inicios, cuando Robespierre propuso: "Si el principal instru-

mento del Gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, en momentos de revolución deben ser a la vez la virtud y el terror: la virtud, sin la cual el terror es funesto; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa e inflexible; emana, por lo tanto, de la virtud; no es tanto un principio específico como una consecuencia del principio general de la democracia, aplicado a las necesidades más acuciantes de la patria"15.

La Revolución soviética retomó ese legado, poniendo en la labor bastante más terror que virtud. Zinóviev escribió: "Tenemos que ganarnos a noventa millones de personas de los cien que habitan la Rusia soviética. Con el resto no hay nada que hablar: hay que aniquilarlos"16. Cuando el profesor Kuznetsov advirtió a Trotski que Moscú estaba muriendo de hambre, este le respondió: "Eso no es pasar hambre. Cuando Tito sitió Jerusalén, las madres judías se comían a sus propios hijos. Cuando yo consiga que las madres de Moscú comiencen a devorar a sus hijos, usted podrá venir a decirme: 'Aquí pasamos hambre'"17.

La premio nobel de literatura Svetlana Aleksiéovich cita una orden de Lenin: "Hay que colgar (y digo colgar, para que el pueblo lo vea) a no menos de mil kulaks inveterados, a los ricos... Despojarlos de todo el trigo, tomar rehenes... Y hacerlo de tal manera que a cientos de verstas a la redonda el pueblo lo vea y tiemble de miedo"18. Probablemente esta sea una versión reducida del telegrama que Lenin dirigió el 11 de agosto de 1918 a los comunistas de Penza, un texto que figura en sus obras completas: "¡Camaradas! La rebelión de los cinco volosts kulaks se debe

14 *Ibidem*, p. 28.

15 Žižek, S. y Robespierre, M. (2010), p. 220.

16 Aleksiéovich, S. (2015), p. 11.

17 *Ibidem*, p.12.

18 *Ibidem*, p.12.

suprimir sin misericordia. El interés de la revolución entera exige esto, porque tenemos por delante ahora nuestra batalla decisiva final 'con los kulaks'. Necesitamos fijar un ejemplo. 1) Deben ahorcar (ahorcar sin falta, de modo que el público vea) por lo menos 100 kulaks notorios, los ricos, y los chupasangres. 2) Publiquen sus nombres. 3) Quítenles todo su grano. 4) Ejecuten a los rehenes —de acuerdo con el telegrama de ayer—. Esto necesita ser llevado a cabo de tal manera que la gente por centenares de millas alrededor verá, temblará, sabrá y gritará: ahorquemos y estrangulemos esos kulaks chupasangres. Telegrafiennos reconociendo recibo y ejecución de esto. Suyo, Lenin. P. D. Utilicen a su gente más dura para esto”¹⁹.

Sería erróneo sostener que estos pensamientos encierran la totalidad de propósitos del pensamiento de Trotski y Lenin (de hecho Trotski condenó esa política del hambre cuando Stalin la puso en práctica y acabó entre 1931 y 1934 con la vida de más de cinco millones de personas, de los cuales alrededor de cuatro millones eran ucranianas, de un total de 31 millones)²⁰, pero sería falaz refugiarse en la distinción del socialismo histórico y el socialismo ideal para distanciarse de esta tradición. Stalin ahora carga justamente con gran parte de los crímenes de la Unión Soviética, pero fue el continuador de una tendencia a despreciar la voluntad, el juicio y la vida de las masas. Atento a ese patrón, el historiador Simon Sebag Montefiore escribió: “Stalin fue a todas luces un caso singular, pero muchas de sus teorías y muchos de sus rasgos característicos, como la utilización de la muerte como instrumento político, y desde luego su paranoia, eran compartidos por sus

camaradas”²¹. Incluso Tariq Ali reconoce que por la senda que inició Lenin y profundizó Stalin se constituyó un Estado autoritario “que negaba las libertades civiles a sus ciudadanos, expropió todos los derechos de asociación y organización, mantuvo un total monopolio sobre los medios de comunicación, reprimió ideas y recurrió a burdas muestras de nacionalismo y xenofobia para mantener algo de legitimidad”²². ¿Por qué ocurrió esto? Ali lo explica: “Salvaguardar la revolución era su máxima prioridad, a cualquier precio. Y el precio fue alto. La suspensión de las libertades civiles, las ejecuciones sumarias, los arrestos sin juicio y la prohibición de los demás partidos soviéticos, cuya lógica era desterrar definitivamente la disidencia dentro de sus propias filas”²³. El mismo tratamiento que el Gobierno de Ortega ha recetado al pueblo de Nicaragua y muy semejante al que Maduro implementa. Lamentablemente, ahora Ali se niega a reconocer esos rasgos —en pleno o creciente despliegue— en los Gobiernos socialistas de Venezuela y Nicaragua.

El terror y la supresión de las libertades ha sido un arma de guerra de la izquierda para afianzarse en el poder o para hacerse con él. Terror para mantener el poder lo testimonian Termidor en Francia y la política hacia los kulaks en la Unión Soviética. Terror para tomar el poder: los atentados del terrorismo anarquista. Pero no ha sido una política permanente del FSLN, salvo en la costa atlántica y en algunas otras áreas rurales durante la década de los años 80. La mayoría de las represalias de los años 80 fueron encarcelamientos y torturas individuales, no castigos extendidos, diseminados por todo el territorio nacional, como en 2018 y 2019.

19 Lenin, V. I. (11 de agosto de 1918).

20 Applebaum, A. (2017), p. XXVI.

21 Sebag Montefiore, S. (2017), p. XV.

22 Ali, T. (2012), p. 38.

23 *Ibidem*, p. 51.

Julio Cortázar dio testimonio de los juicios a somocistas no impulsados por apasionadas *vendettas*: “Inevitablemente recordé mi viaje anterior, cuando asistí a algunos de los procesos a criminales de guerra somocistas, y me pasmó el clima de calma, de objetividad, de deseo de justicia y no de venganza que reinaba no solamente entre los miembros de los tribunales, sino entre el público presente”²⁴.

En 1987, Fredric Jameson le hizo a Tomás Borge una entrevista para la *New Left Review*, en cuya introducción el analista estadounidense menciona el régimen de prisión abierto que supuestamente los sandinistas instauraron en lugar del tradicional confinamiento tras las rejas.²⁵ Probablemente, ese régimen fue fantasiosa creación de la retórica de Borge, el más dotado para la oratoria ampulosa de los nueve dirigentes sandinistas. El régimen no transformó el régimen de prisiones por la razón que uno de sus entrevistados para *El fin del “Homo sovieticus”* le dio a Svetlana Aleksíevich: “El hacha sobrevive a su dueño”.²⁶ Incluso las mazmorras de auxilio judicial, famosas como centro de torturas, mejor conocidas como El Chipote, sobrevivieron al régimen somocista que las creó, atravesaron la Revolución sandinista y las presidencias de Barrios, Alemán y Bolaños, y lucen más saludables y criminales que nunca en el régimen de Ortega. Pero es cierto que la política de instaurar el terrorismo de Estado y de usar el régimen penitenciario y el sistema judicial para tal fin es de cuño netamente ortegano: secuestros diarios, suspensión de las garantías legales y de otros derechos civiles como el derecho a la manifestación, el desmantelamiento de medios de comunica-

ción y el encarcelamiento de sus directores y periodistas, etc.

En algún momento, la Revolución sandinista quiso desmarcarse de esa tradición de terror generalizado. No lo consiguió a plenitud en los años 80. Y no solo por los múltiples abusos individuales, sino por el terror que diseminó con profusión en la Nicaragua rural. En el siglo XXI, retomó esa tradición a todo pulmón. Curiosamente no hay condenas hacia ese terror de parte de políticos de izquierda que jamás aplicarían políticas represivas ni las querrían para sí mismos —Mujica, López Obrador—. Es significativo que ninguno de los líderes de izquierda reivindique el terror como arma legítima de lucha. Eso sería políticamente muy incorrecto. Sobre el terror guardan silencio. Lo asumen como un extremo al que se ven forzados los líderes de la izquierda cuando son acosados por el imperio. Les conceden la coartada de ser víctimas de una conspiración, un viejo meme autoinmune y de eterna credibilidad. ¿Pero por qué se niegan a ver que a Maduro y Ortega no les queda más que el terror puro y duro, y que no hay más? Olvidan que lo que está siendo aplicado no es el principio de Robespierre: en Nicaragua y en Venezuela tenemos terror sin virtud, es decir, un terror funesto.

Slavoj Žižek dice en su prólogo a los escritos de Robespierre: “¿Qué deberían pues deducir de todo esto quienes siguen fieles al legado de la izquierda radical? Dos cosas al menos. En primer lugar, tenemos que aceptar como nuestro el pasado terrorista, aunque —o precisamente porque— se rechace críticamente. La única alternativa a la tibia posición defensiva de culpabilidad asumida frente a

24 Cortázar, J. (1984), p. 51.

25 Jameson, F. (Julio-agosto de 1987), pp. 51-64; 52.

26 Aleksíevich, S. (2015), p. 383.

nuestros críticos liberales o derechistas es: tenemos que hacer mejor que nuestros adversarios esa tarea decisiva”²⁷. La única vía para disolver el meme es la crítica, y esta empieza por reconocer y enfrentar críticamente la tradición de la que se viene, y denunciar las revivificaciones sangrientas de esa tradición, que subsisten y se multiplican precisamente porque no son rechazadas críticamente.

Obviamente, la izquierda no ha sido la única en utilizar el terror y practicar los holocaustos. En nombre del progreso y las creencias religiosas se han realizado los más masivos sacrificios humanos. El progreso se ha vestido bajo ropajes de empresas civilizadoras, promotoras de pureza racial o de crecimiento económico para consumir sus holocaustos. El teólogo y economista Franz Hinkelammert escribió hace tiempo sobre estos sacrificios humanos. La sociedad occidental —nos explica— “habla siempre de un hombre tan infinitamente digno, que en pos de él y de su libertad el hombre concreto tiene que ser destruido. Que el hombre conozca a Cristo, que salve su alma, que tenga libertad o democracia, que construya el comunismo, son tales fines en nombre de los cuales se han borrado los derechos más simples del hombre concreto. Desde la perspectiva de estos pretendidos valores, estos derechos parecen simplemente fines mediocres, metas materialistas en pugna con las altas ideas de la sociedad. Evidentemente, no se trata de renunciar a ninguno de estos fines. De lo que se trata es de arraigarlos en lo simple e inmediato, que es el derecho de todos los hombres a poder vivir”.

Sartre había propuesto el embrión de una idea semejante cuando parafraseó las justifica-

ciones comunistas de la masacre en Budapest en 1956: “Sí, es verdad, ha habido muertos. ¿Qué hay con eso? ¿Es posible imaginar acaso la cantidad de vidas humanas que cuesta una Revolución mundial? Hay que aguantarse, no hay vuelta que darle; hay que aguantar a esos muertos: es nuestro deber”²⁸.

Simone de Beauvoir ilustró la misma idea, escenificada en el bando contrario, con una anécdota en sobre Herbaud (el pseudónimo que le aplica a René Maheu), agregado cultural en Londres (1936-1939) y después director general de la UNESCO (1961-1974). Reaccionando a las críticas hacia la complicidad de Inglaterra con el régimen de Salazar en Portugal y a propósito de la alta tasa de mortalidad en ese país, Herbaud replicó: “Bueno, es deplorable que haya niños que mueran de miseria; pero ese tal vez no es un precio demasiado elevado para pagar ese milagro que es la democracia inglesa”²⁹.

Hinkelammert nos da una pista del anzuelo que muerden los intelectuales de izquierda: un ideal noble. Pero rechaza la construcción de ese ideal cuando a su paso va dejando una cola de cadáveres de hombres y mujeres concretos. Ese es el criterio que deben emplear los activistas e intelectuales de izquierda cuando sometan a escrutinio crítico las aventuras de los socialismos históricos. Lamentablemente para los pueblos venezolano y nicaragüense, sus clamores no alcanzan a disipar los humos de los grandes ideales. Y todo porque, como diría Žižek, falta ese reconocimiento y rechazo críticos.

27 Žižek, S. y Robespierre, M. (2010), “Introducción”, p. 7.

28 Sartre, J.-P. (1983), p. 18.

29 Beauvoir, S. de (2017), p. 88.

¿La izquierda siempre ha sido monolítica?

Muchos analistas y políticos de izquierda han hecho una opción preferencial por todo lo que huele a izquierda en América Latina. Su posición se ubica en las antípodas de lo que ha sido la tradición de la izquierda desde sus inicios. Cuando Napoleón desechó su ropaje republicano para vestir el traje de emperador, sus partidarios en toda Europa se dividieron. Beethoven, que había compuesto su *Sinfonía n.º 3* en honor del libertador y la había titulado *Bonaparte*, la rebautizó como *Heroica*, rasgando la primera hoja, cuando supo que Napoleón se había autocoronado emperador en mayo de 1804. Incluso antes, la Revolución francesa tuvo expresiones extremas de lo que era la división entre la izquierda de entonces. Las disensiones entre cordeleros, jacobinos y girondinos nos permiten conocer ahora quiénes estaban por conceder más derechos sociales y políticos. Sus enfrentamientos encarnizados, apasionados hasta el punto de perder literalmente la cabeza, han contribuido a formar nuestros criterios políticos.

Karl Marx invirtió gran parte de su tiempo y agudeza en combatir a los que él consideraba como miembros de una falsa izquierda, un bolsón en el que metió a idealistas, activistas radicales, soñadores, vendidos y cooptados. Sus páginas más feroces se cebaron sobre Max Stirner y Bruno Bauer (idealistas), Mijail Bakunin (anarquista), Karl Vogt (agente de Napoleón III), Ferdinand Lassalle (socialista romántico y a la postre sometido a Bismarck) y Pierre-Joseph Proudhon (acientífico). La mayoría de ellos fueron compañeros de lucha entrañables con los que Marx rompió cuando se adhirieron a credos cuestionables, regímenes represores o aventuras estériles.

El régimen de Luis Napoleón Bonaparte, que muchos saludaron como la oportunidad de volver a la República y al desvanecimiento de lo sólido en el aire de esa burguesía que Marx tanto encomió en el *Manifiesto comunista*, no embobó a Marx con su mezcla de romanticismo, liberalismo autoritario y socialismo utópico. Ese Napoleón III representaba el progreso para muchos franceses. En lugar de invocar la defensa de un orden establecido y próspero durante la mayor parte de los 17 años que duró, Marx estudió y elogió la Comuna de París (1871) que le arrebató a Luis Napoleón el control de la capital antes de que la invasión de las tropas prusianas pusiera fin a su régimen. Marx estuvo contra el bonapartismo. “Cesarismo”, lo llamó en su clásico *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

La historia del socialismo siguió marcada por las divisiones. Lenin y su amigo Mártov dividieron al partido socialdemócrata ruso en bolcheviques y mencheviques. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fundaron el Partido Comunista de Alemania cuando se separaron del Partido Socialdemócrata de Alemania debido a que su dirigencia respaldó las pretensiones imperialistas del Estado alemán y su involucramiento en la Primera Guerra Mundial, opción que a juicio de estos dos revolucionarios iba en contra del internacionalismo proletario porque apostaba por una alianza interclasista nacional y enfrentaba a obreros contra obreros en defensa de las banderas imperialistas y nacionalistas. Esta escisión provocó la ruptura de Luxemburgo con su viejo amigo Karl Kautsky, que vio en la guerra ante todo una lucha contra el absolutismo del zar.

Isaac Deutscher nos recordó que Hegel dijo “en alguna parte que un partido solamente es real cuando llega a estar dividido. La idea, lejos de ser una paradoja, es profunda y sencilla en su realismo dialéctico.

Todo movimiento político (y toda escuela filosófica de pensamiento), al crecer y desarrollarse, no puede menos que desplegar las contradicciones inherentes a sí mismo y a su contorno, y cuanto más las despliega, más rico es su contenido y mayor su vitalidad. La concepción de Stalin del partido monolítico fue una de sus utopías terroristas, el sueño de un autócrata, lleno de pánico ante la menor disensión, o ‘desviación’ y que en su imaginación se sitúa a sí mismo por encima de las realidades de la sociedad y de la historia”³⁰. Con igual pánico ante las disensiones, gran parte de la izquierda latinoamericana cierra filas monolíticas en torno a su santoral de líderes autoproclamados de izquierda y cobija bajo su santo manto a López Obrador, un socialdemócrata al que se aferran como tabla de salvación, pese al repudio del que los zapatistas lo han hecho abiertamente objeto, negándole su apoyo durante la campaña y denunciando los holocaustos que prepara en el altar del progreso.

Las imágenes de Vladimir Lenin, León Trotski y Rosa Luxemburgo hoy pueden compartir un mismo altar de iconos bizantinos. Pero cuando eran seres humanos de carne y hueso a quienes las diferencias ideológicas y las opciones estratégicas ponían crispados, antes de que la devoción limara las asperezas, anduvieron a las greñas unos con otros. Sus disensos deberían ayudarnos a formar nuestros criterios políticos. Lenin tomó la decisión de disolver la Asamblea Constituyente, pero no la quiso sustituir por una nueva, nacida de la revolución. Trotski justificó la disolución en estos términos: “Gracias a la lucha abierta y directa por el poder, las masas obreras acumulan en un tiempo muy breve una gran experiencia

política y ascienden rápidamente un escalón tras otro. El pesado mecanismo de las instituciones democráticas es tanto menos fiel a esta evolución cuanto más grande es el país y más imperfecto es su aparato técnico”³¹.

En marcada oposición a este análisis, Rosa Luxemburgo —nos habla por sus textos a un siglo exacto de su asesinato— hace un recorrido histórico para mostrar que las elecciones y los parlamentos o sus equivalente sirvieron en Inglaterra, Francia y Rusia para dar impulso a los procesos revolucionarios. Sobre esa base, Luxemburgo proclama su defensa de la democracia y sus instituciones: “Todo esto sirve para demostrar que ‘el pesado mecanismo de las instituciones democráticas’ posee un potente correctivo, precisamente en el movimiento vivo de las masas, en su expresión ininterrumpida. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuanto más vitales y potentes se presentan las pulsaciones de la vida política de las masas, tanto más directa y total resulta su eficacia, a despecho de las insignias anquilosadas del partido, listas electorales perimidas, etc. Es cierto que toda institución democrática tiene sus límites y sus ausencias, hecho que la mancomuna a la totalidad de las instituciones humanas. Pero el remedio inventado por Trotski y Lenin, la supresión de la democracia en general, es aún peor que el mal que se quiere evitar”³².

Karl Kautsky, amigo de Marx y aún más de Engels, en su libro *Terrorismo y comunismo*, coincide en este punto con la que ya no figuraba en su partido, denunciando el desmantelamiento bolchevique de las instituciones de democracia directa: “La dictadura bolchevique ha convertido en meras sombras los consejos de obreros, dificultando su reelección y

30 Deutscher, I. (1970), p. 83.

31 Luxemburgo, R. (2008), p. 44.

32 *Ibidem*, p. 46.

haciendo imposible la oposición en ellos. A los consejos de soldados les ha quitado todas las atribuciones importantes, y entre ellas la de la elección de oficiales, los cuales son nombrados como antes por el Gobierno. Y como los voluntarios no son suficientes, se recurre, como en el antiguo régimen, al reclutamiento obligatorio. Este es un nuevo motivo de conflictos entre el Gobierno y la población. De aquí dimanar una porción de insurrecciones campesinas, que a su vez hacen necesario aumentar el ejército. Las deserciones en masa son cosa corriente en las filas del ejército bolchevista y para reprimirlas se recurre a los fusilamientos en masa”.

Su denuncia fue aún más allá: “El bolchevismo ya no tiene nada que ofrecer a los campesinos después de la destrucción de la gran propiedad. Su simpatía por él se convierte en odio, en odio contra los obreros de la ciudad, que no trabajan, que no les suministran los productos que necesitan; odio contra los gobernantes, que envían soldados a los pueblos para requisar productos alimenticios; odio contra los usureros y traficantes de la ciudad, que tratan de sacarles sus productos sobrantes con toda clase de engaños. Junto a esta economía burguesa del campo, se eleva también en la ciudad una sociedad que pretende ser socialista. Quería deshacer la diferencia de clases. Comenzó destruyendo y humillando a la clase superior y acabó creando una nueva sociedad de clases”.

Kautsky reconoce que este no era el noble ideal que inspiró en su origen a los bolcheviques, pero por eso la realidad resultó tan agria: “El proceso que aquí queda expuesto no respondía naturalmente a los deseos de los bolcheviques. Por el contrario, es opuesto

a lo que ellos querían, y trataron, en consecuencia, de impedirlo por todos los medios; pero todos ellos respondían a la receta con que el bolchevismo ha trabajado desde sus comienzos: a la violencia, al poder arbitrario de algunos dictadores que prohíben la más mínima crítica de sus actos. El régimen del terror es la consecuencia inevitable de los métodos comunistas. Es el intento desesperado de escapar a sus consecuencias. (...) Los motivos de los bolcheviques eran seguramente los mejores. En los comienzos de su gobierno, se mostraron llenos de los ideales de humanidad propios de la situación de clase de los proletarios. Su primer decreto fue la abolición de la pena de muerte. Y, sin embargo, si existe culpa en ellos hay que buscarla en esta época, cuando se decidieron a abandonar los principios de la democracia y del materialismo económico para conquistar el poder”³³. No obstante las diferencias que los habían distanciado, en este punto Luxemburgo desde el ala izquierda y Kautsky desde el centro de la socialdemocracia coincidieron en su decidida defensa de los principios e instituciones de la democracia, y advirtieron a Lenin sobre todos los peligros que entrañaba prohibir todos los partidos de oposición, así fuera una “medida temporal”, como dijeron los bolcheviques, probablemente sin proponerse que esa supresión durara toda la vida del régimen soviético.³⁴

A punto de finalizar su vida activa, Lenin fue perturbado por dudas y temores. “Comprendió —señala Isaac Deutscher— que había ido demasiado lejos y que la nueva maquinaria de poder se estaba convirtiendo en una burla de sus principios. Se sintió alienado del Estado que él mismo había construido. En un Congreso del Partido, en

33 Kautsky, K. (1919).

34 Ali, T. (2012), p. 48.

abril de 1922, el último al que asistió, expresó agudamente esta sensación de enajenación³⁵. En su lecho de convaleciente, contraviniendo las prescripciones de sus médicos, dictó notas sobre la política soviética hacia las pequeñas nacionalidades. Fue una manera involuntaria de darles la razón a Luxemburgo y Kautsky: “Soy, al parecer, fuertemente culpable ante los trabajadores de Rusia”. Deutscher concluye: “En su capacidad para pronunciar estas palabras, reside una parte esencial de la grandeza moral de Lenin”³⁶.

Lo que quiero enfatizar con esta quizás excesiva relación de las viejas reyertas entre camaradas es que ha habido diferencias al interior de la tradición de izquierda desde sus inicios, pero la forma de abordarlas —tanto en caliente como a toro pasado— ha sido la descalificación total. Bakunin y Kautsky fueron confinados en el noveno círculo del infierno de los socialistas. Luxemburgo estuvo vetada por el estalinismo y todavía no entra con plenos derechos en el santoral comunista. Kautsky aún espera su reivindicación. Todavía no nos hemos sacudido el peso dominante que alcanzó, como Meca del marxismo, la versión soviética que en definitiva hizo pasar las disensiones y divisiones por traiciones sin paliativos. Esta forma de “evolucionar” ha empobrecido la tradición del pensamiento socialista y la marxista, que han pasado por una y la misma cosa, aunque solo se traslapen en algunas corrientes de pensamiento y propuestas.

¿Y en América Latina?

Habida cuenta de lo reseñado, Europa ha sido persistente escenario de pugnas entre diversas facciones de la izquierda. Resulta que en América Latina basta proclamarse

de izquierda para que sus correligionarios extiendan a los caudillos del socialismo del siglo XXI una patente de corso que les permite masacrar a sus pueblos sin desmedro de su apoyo. Les tiene sin cuidado que los líderes de esta izquierda padezcan de inopia intelectual y representen grupúsculos sin argumentos, habituados a repetir consignas como letanías y, ante tesis estresantes, respondan a la voz con la coz. No les importa porque piensan que, al fin y al cabo, esa es la única izquierda que aquí podemos alcanzar. Parodiando el viejo dicho, parecen decir: “Cada pueblo tiene la izquierda que se merece”.

Bajo el influjo del meme de la conspiración eterna, esos analistas y políticos solo tienen ojos para una película donde el imperio es el protagonista estelar y los líderes de izquierda van haciendo su labor de zapa. El pueblo pone los extras a favor de uno y otro lado. Si un régimen se opone al imperio (así sea solo retóricamente y en todo lo demás se someta a su lógica), ahí van con su oro, incienso y mirra a rendir homenaje, y suelen salir con más oro u oropel del que llevaron. Esa roma narrativa no corresponde a la realidad. El imperio mueve sus piezas, los pueblos desplazan las suyas. A veces sus movimientos se traslapan y sus intereses tácticos coinciden parcialmente. Los movimientos del pueblo, que son variados, contradictorios y a menudo erráticos, no anulan los intereses imperiales que están en juego. Pero el accionar del imperio no cancela la pujanza de los pueblos.

“El imperio impera”, me decía un amigo con pragmática *realpolitik*. El imperio es la variable invariable. Por eso es ridículo que, con los ojos clavados en esos intereses,

35 Deutscher, I. (1975), p. 193.

36 *Ibidem*, p. 196.

algunos analistas pretendan descubrir como acontecimiento novedoso, como una suerte de *breaking news* o hallazgo al que se arribó tras arduas y penetrantes cavilaciones, que ¡Estados Unidos se interesa en el petróleo venezolano!, un hecho que les permite luego desdeñar que los pueblos también están moviendo sus piezas y que dentro del gran relato de la estrategia imperial hay cientos de pequeños relatos de subrepticias y abiertas resistencias, y que no todo lo que relumbra con colores de izquierda es emancipador.

No hay mejor ejemplo de lo que digo que la naturaleza dual de la contrarrevolución armada en la Nicaragua de los años 80. La contrarrevolución fue un movimiento campesino que surgió por las políticas erróneas, la opción urbanita y la represión del FSLN. Aquí hay ecos de los procedimientos bolcheviques que Kautsky denunció. El sustento técnico y financiero del Gobierno de los Estados Unidos les dio combustible a los campesinos contrarrevolucionarios para sostenerse, durar y tener un mayor impacto militar y económico. Pero a la administración Reagan no le hubieran bastado 150 Elliot Abrams y 200 Oliver North para montar semejante movimiento. El componente primigenio fue un campesinado descontento, que no solo nutrió las filas del ejército de la contrarrevolución, sino que también proporcionó los elementos básicos de los que debe disponer toda guerrilla: población simpatizante donde esconderse, reposar y emboscar. A la narrativa de buenos y malos —blancos y negros, o rojos comunistas y negros imperialistas— le incomoda esta versión que se abre a interpretaciones polivalentes de los actores políticos.

Sartre ridiculizó esa formas simplistas de presentar las contradicciones: “Vuestro absurdo razonamiento se reduce a una serie

de falsas equivalencias: la Guerra Fría no es más que una forma de lucha de clases; todo lo que puede servir al bloque occidental es necesariamente contrarrevolucionario; y la insurrección húngara sean cuales fueren sus objetivos, sus factores, sus agentes, hace objetivamente el juego del imperialismo capitalista. Por tanto, es una contrarrevolución”³⁷.

Non olet

Gran parte de la izquierda —igual que los viejos historiadores concentrados en los episodios de las vidas de emperadores, príncipes y princesas— también excluye de la historia a la gente ordinaria, a *le menu peuple* (la gente común), al “vulgo errante, municipal y espeso”, que decía Rubén Darío. En su tablero bicolor solo hay dos jugadores: el imperio y la coalición que se le opone. Olvidan o relegan al cajón de los eventos de poca monta los clamores de los asesinados, las viudas, las madres, los hijos y los presos políticos. “Si no estuvieran manipulados se quejarían menos”, quizás piensan. Dejan de lado también que la izquierda —sobre todo si es petrolera como la venezolana o huachicolera como la nicaragüense— obtiene sus recursos del sangriento mercado imperial. ¿O en qué mercado pensarán que se inserta el petróleo venezolano? ¿En un nuevo CAME (aquel Consejo de Ayuda Mutua Económica, mercado común del bloque socialista que orbitaba en torno a la URSS)?

El emperador Vespasiano sentenció: *Pecunia non olet*, cuando le reprocharon su nuevo impuesto por el consumo de la orina depositada en las letrinas de la red pública de alcantarillado. Según el historiador Suetonio: “Habiéndole censurado su hijo Tito haber creado un impuesto hasta sobre la orina, le puso delante de la nariz el primer dinero

³⁷ Sartre, J.-P. (1983), p. 30.

cobrado de aquel impuesto, y le preguntó 'si olía mal', y como Tito contestara que no, le dijo Vespasiano: 'Y, sin embargo, es el producto de la orina'³⁸. Los alemanes todavía dicen: *Geld stinkt nicht*. Ahora los economistas dicen que el dinero es fungible: es imposible distinguir sus diversas procedencias cuando se mete en un mismo saco. La izquierda que aplaude a la izquierda en el poder se las pica de purista, pero una vez ingresados en las arcas de las fundaciones políticamente correctas, esos fondos *non olet*. No despiden hedor en su principio, medio ni fin. No importa si van a parar a los proyectos sociales o a los bolsillos de la familia Ortega. No importa si salieron de coimas de las compañías mineras o de las mafias madereras. O del petróleo. Lo que importa es que apuntalan a la izquierda en sillas presidenciales. *Non olet*.

También ocurre con la cooperación externa. No importa si el dinero proviene de un obrero metalúrgico que lo sudó cada día o de una compañía que acapara tierras en Senegal; una vez filtrado por el Estado y las fundaciones que lo canalizan hacia proyectos en el sur, ese dinero *non olet*.

Por supuesto que hay niveles de mayor o menor complicidad con el sistema y que no es lo mismo abrir una cuenta bancaria que apostar en el casino global, pero aquí quiero llamar la atención sobre quienes cuelan los mosquitos ideológicos para después tragarse los elefantes de los grandes engranajes del capital, como Emir Sader, que aplaude los usos del petróleo venezolano.

En los años 80, la propaganda antiestadounidense intentó convencernos de que las Coca-Colas eran las "aguas negras del imperialismo". En el siglo XXI, el petróleo venezolano que sostiene a Cuba apuntala el régimen

de Evo Morales y ha engordado los bolsillos de la cúpula orteguista parece percibirse como agua cristalina, cuyo refinado va depositando capas fértiles y cuya combustión aromatiza el aire que respiramos.

Hay cabos sueltos que me cuesta digerir en esta indiferencia o voluntad de negación ante el sufrimiento de los pueblos nicaragüense y venezolano. Puedo dejar a un lado el hecho de que la izquierda que apoya a Ortega no considere más que como una peculiaridad menor el hecho de que en Nicaragua la vicepresidenta sea la esposa del presidente, una rareza que no encontrarán en ningún otro país del hemisferio occidental. Puedo pasar por alto que algunos analistas sean ciegos, indiferentes o celebratorios de la desenfundada acumulación de capitales que la izquierda latinoamericana (venezolana, nicaragüense y otras) ha montado sobre el petróleo venezolano. Supongo que sus cofrades pensarán que más vale que esas marmajas vayan a engordar los bolsillos de líderes de izquierda en lugar de caer en las arcas de las tradicionales oligarquías domésticas y las corporaciones transnacionales. Ya era tiempo de variar de ladrones.

Pero no tengo ningún marco hermenéutico que me facilite digerir que las baterías de la izquierda de base y de muchos activistas e intelectuales se dirijan contra la minería y que al mismo tiempo haya analistas de izquierda dispuestos a hacer la vista gorda ante el hecho de que bajo el régimen de Ortega la minería se expandió como nunca antes en la historia del país. Las exportaciones de oro han crecido a ritmo vertiginoso desde las 10,800 onzas troy y 4.2 millones de dólares de 1994 hasta las 236,900 onzas troy y 357 millones de dólares de 2016. Ese año, los ingresos por exportación de oro representaron el

38 Suetonio (1977), p. 355.

20 % del valor de los principales productos de exportación, colocándose en tercer lugar, solo superados por la carne vacuna y el café. Hasta ese nivel se ha elevado la producción y venta de oro durante el Gobierno del FSLN, que las recibió en 2006 en 99,400 onzas troy y 55.3 millones de dólares. La exportación de plata pasó en ese mismo período de 94,200 a 681,700 onzas troy y de 1.3 a casi 12 millones de dólares. Una muestra de cuál es la dirección que el actual Gobierno adopta frente a la minería quedó plasmada en la ley

creadora de la Empresa Nicaragüense de Minas (ENIMINAS), aprobada en junio de 2017 por una Asamblea Nacional donde el FSLN controla más del 70 % de los escaños. Por obra y gracia de esta ley, el territorio concesionado a la minería pasó del 12 al 22 % del territorio nacional, de 12,000 a 26,000 kilómetros cuadrados. Todas estas son cifras oficiales. No son calumnias del imperio ni de la ultraizquierda trotskista. Son datos disponibles en el sitio web del Banco Central de Nicaragua.

Exportación de oro en miles de onzas troy

												Total	Promedio anual	
Violeta Barrios						1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	183.8	26.3
						36.7	28.3	0.0	62.6	10.8	27.7	17.7		
Arnoldo Alemán						1997	1998	1999	2000	2001			488.9	97.8
						25.2	110.5	142.2	104.9	106.1				
Enrique Bolaños						2002	2003	2004	2005	2006			532.4	106.5
						109.5	96.3	124.9	102.4	99.4				
Daniel Ortega	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	1 927.3	175.2	
	91.7	93.5	88.0	179.0	229.7	257.5	310.3	309.5	274.0	285.9	260.6			

Fuente: Banco Central de Nicaragua.³⁹

En Nicaragua, la izquierda en el poder vive del petróleo y de la minería. Y también mata por la minería. Según el reporte anual de Global Witness, 11 personas fueron asesinadas en 2016 en Nicaragua por defender su tierra y/o el medio ambiente, la mayoría de ellos indígenas asesinados por colonos mestizos. Medido por este indicador en términos absolutos, Nicaragua ya era —antes de la rebelión de abril— el sexto país en el mundo y el segundo en Centroamérica en letalidad para los activistas por el medioambiente.

Y hay más, mucha más evidencia de la inmolación presente y los costos a futuro

que supone el socialismo del siglo XXI que tantos intelectuales y políticos, mientras les baten la coctelera para prepararles un Martini a lo Bond, celebran con la aliviadora perspectiva que proporciona mirar los toros desde la barrera. Porque eso es lo que está ocurriendo: la indiferencia de muchos ante dos pueblos que se resisten con las uñas a ser colocados en el altar de las nobles causas de la izquierda, ahora contaminadas porque para los forajidos que las proclaman de dientes hacia fuera no son más que una excusa para atiborrarse los bolsillos.

³⁹ Banco Central de Nicaragua (2019).

Con capitalismo o con socialismo, la guerra es contra los pueblos

Los nicaragüenses de a pie no han logrado sentirse “bendecidos, prosperados y en victoria” durante los 12 años de Gobierno sandinista (2007-2019), como Rosario Murillo ha repetido cientos de veces.⁴⁰ La minería, la extracción de madera, el duopolio de las telecomunicaciones, el acaparamiento de tierras, las exoneraciones discrecionales de impuestos y los operadores políticos sin mayor mérito que su obediencia incondicional han prosperado y recibido la bendición de un Gobierno autoproclamado socialista. Se alzan con la victoria sobre una lista inmensa de expulsiones, desplazamientos y asesinatos de campesinos. Las comunidades indígenas de la costa caribe han sido víctimas de muchos abusos. Los recursos de la zona son un imán para empresarios inescrupulosos. Su aislamiento —que se traduce en baja cobertura estatal, periodística y de derechos humanos— ofrece muchas oportunidades para barrera los desmanes bajo la alfombra.

En la vecina Honduras, donde gobierna otro presidente inconstitucional, los abusos son cotidianos. Una dictadura socialista o una capitalista. Da igual. Las dos son autoritarias y amigas de los potentados. Las dos allanan el camino para que el gran capital prescindiera de los derechos de las comunidades. En Nicaragua, Medardo Mairena, Pedro Mena y otros líderes campesinos guardan prisión. Mairena fue condenado a más de dos siglos de privación de libertad. Su Movimiento Campesino nació cuando se opusieron a las inminentes confiscaciones de tierras que implicaba la concesión canalera a Wang Ying, un multimillonario chino que no pudo seguir prestándose a la farsa cuando perdió

gran parte de su capital en una megajugada especulativa financiera. En Honduras, varios líderes de la comunidad de Guapinol del municipio de Tocoa fueron detenidos y llevados ante las autoridades por protestar contra el proyecto minero que amenaza con contaminar el río del que depende su aprovisionamiento de agua.

Ortega otorgó una concesión canalera por 100 años. Asesinó y encarceló a muchos de los que se opusieron. El Instituto Hondureño de Geología y Minas (INHGEOMIN) entregó seis concesiones en el municipio de Tocoa hasta totalizar 3,500 hectáreas para explotación minera a cielo abierto. Parte de esas concesiones están ubicadas en el Parque Nacional Carlos Escaleras Mejía, al que el Congreso Nacional concedió la categoría de área protegida mediante el decreto 127-2012. Se trata de una zona de recarga hídrica de los ríos Mame, Monga, Cuaca, San Pedro, Guapinol, Tocoa, Taujica, Bonito, Izquierdo, Río Chiquito y Tinto o Negro, entre otros. El brazo judicial del Estado hondureño ordenó la captura de 32 líderes comunitarios que piden declarar a Tocoa municipio libre de minería. En Nicaragua y en Honduras, las zonas en conflicto se militarizaron. Los campesinos fueron sometidos a base de torturas, secuestros y procesos judiciales contaminados en su principio, medio y fin.

En suma: distintas ideologías, mismos métodos y mismos aliados. Esto ocurre así porque, como escribe Raúl Zibechi citando una tesis del subcomandante Marcos, “se trata de una guerra contra los pueblos”⁴¹. En esa guerra, según Zibechi, “el principal instrumento de la acumulación por desposesión en la zona del no-ser no son las privatizaciones, como sugiere Harvey, sino la violencia; y sus

40 Redacción Central (8 de noviembre de 2012).

41 Zibechi, R. (2016), p. 10.

agentes son, indistintamente, poderes estatales, paraestatales y privados, que en muchos casos trabajan juntos, ya que comparten los mismos objetivos. La violencia y la militarización de los territorios son la regla, forman parte inseparable del modelo; los muertos, heridos y golpeados no son fruto de desbordes accidentales de mandos policiales o militares. Es el modo ‘normal’ de operar del extractivismo en la zona del no-ser. En suma: acabar con los pueblos que sobran, desertizar territorios y luego reconectarlos al mercado mundial. En la América Latina india/negra/mestiza, históricamente, el principal modo de disciplinamiento no fueron el panóptico ni los *satanic mill*, sino la masacre o la amenaza de masacre (léase exterminio), tanto en la colonia como en el período republicano, en dictaduras o en democracias, hasta el día de hoy”⁴².

En definitiva, añade Zibechi, “los pueblos y las poblaciones son obstáculos para la acumulación por despojo/desposesión. En rigor, en el sur, en la zona del no-ser, no estamos ante acumulación por desposesión, como la define Harvey, sino ante la Cuarta Guerra Mundial, como asegura el EZLN: ‘Todos somos el enemigo a vencer: indígenas, no indígenas, observadores de los derechos humanos, maestros, intelectuales, artistas’ (Subcomandante Marcos, 1999)”⁴³.

El gran capital necesita la tierra, no la plusvalía. Se impone a nivel mundial el modelo anglosajón de colonización (no el que se aplicó en la India, sino el de Norteamérica), que no quiere someter e instrumentalizar ni mezclarse con las poblaciones nativas, sino eliminarlas y/o confinarlas para apropiarse de sus recursos. Los colonos hispanos veían en la población

aborigen un recurso; los colonos ingleses, un competidor por el recurso tierra. En ese modelo, ahora reproducido, los pueblos son superfluos en el mejor de los casos. En el peor, son un estorbo que hay que remover.

Ese esquema, que es transideológico, lo vemos reproducido en otras latitudes que —como Nicaragua— también se suponen bajo gobierno de mandatarios socialistas. Bajo el Gobierno de Lula, en Brasil, se crió una camada de nuevos ricos en torno a la corrupción de la estatal Petrobras. Alrededor de 4,000 millones de dólares fueron desviados, entre 2004 y 2012, a beneficio de partidos políticos como el Partido de los Trabajadores (PT), el Partido Popular (PP) y el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), los tres que integran la base de apoyo de Luiz Inacio Lula da Silva y Dilma Rousseff. Al tiempo que cimentaban su poder, Da Silva y Rousseff tuvieron que compartir una tajada con el gran capital, adjudicando inmensos contratos a Carmargo Corrêa, Odebrecht, Queiroz Galvão, Andrade Gutierrez, OAS, Mendes Junior y Engevix. Esa alianza de partidos políticos, capital externo y capital doméstico inició con el Gobierno de Fernando Henrique Cardoso, pero Da Silva la llevó a cotas impensables, haciendo de Petrobras la segunda petrolera del mundo, mediante un proceso de capitalización que el canal interoceánico de Nicaragua intentó emular. Según Decio Machado y Raúl Zibechi, “el plan estratégico de los gobiernos del PT consistió en promover la expansión internacional de las empresas brasileñas con apoyo financiero del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), en su momento el mayor banco de fomento del mundo, para elevar al país al rango de *global player*”⁴⁴.

42 Ibidem, p. 42.

43 Ibidem, p. 41.

44 Machado, D. y Zibechi, R. (2016), pp. 132-133.

En Bolivia, el Gobierno de Evo Morales —otro mandatario empeñado en convertirse en presidente inconstitucional— favorece a una burguesía emergente, la de los cooperativistas mineros. Con el apoyo del Gobierno, las exportaciones mineras pasaron de 500 millones a más de 3,000 millones de dólares en 2006-2013, con el sector cooperativo abarcando el 30 % de las exportaciones mineras totales y el 71 % de las de oro. Desde 2008, esas cooperativas obtuvieron más de la mitad de los contratos y el 43 % de la superficie concedida en explotación minera. Su número se triplicó: de 447 a 1,400 en 2008-2013. Tienen 120,000 empleados, pero tributan apenas 4 % por valor agregado y 1 % por arrendamiento. Los socios pueden tener ingresos de 60,000 bolivianos por mes, los trabajadores apenas llegan a 1,500 bolivianos. Por eso Machado y Zibechi concluyen que en Bolivia hay “una camada de cooperativistas convertidos en explotadores con influencias y apoyos en el Gobierno”⁴⁵.

Un año después de que Evo Morales subiera al poder, el parlamento boliviano aprobó 44 nuevos contratos con 12 empresas multinacionales.⁴⁶ Con la nacionalización de los hidrocarburos, esas concesiones quedaban justificadas. El incremento del PIB se hizo sentir pronto y de forma sostenida, lo cual le dio un respaldo popular que pareció compacto, pero que escondía múltiples fisuras. Por ejemplo, la carretera Villa Tunari-San Ignacio de Moxos, que sin el consentimiento de sus habitantes iba a partir por la mitad el Territorio Indígena Parque Isiboro Sécure, más conocido como TIPNIS, puso en evidencia que el indigenismo de Morales se limita a las etnias quechua y aymara. Las minorías de la Amazonia le eran indiferentes.⁴⁷

Una de sus banderas de lucha (indigenismo) se enfrentó a la otra (progresismo), porque esta última, más temprano que tarde, incluye la guerra contra los pueblos.

Esa carretera fue uno de los varios proyectos de carreteras del Gobierno de Evo Morales. Sus carreteras fueron el equivalente del canal interoceánico. Fueron la versión boliviana de megaproyecto antipopular. Las obras fueron comisionadas a la compañía brasileña Constructora OAS por un total de cientos de millones de dólares. Gigantescos préstamos del BNDES harían posible el sueño. Y todo quedaba en casa —brasileña— porque los préstamos del BNDES para obras de infraestructura tienen como condición que las empresas constructores sean del Brasil.⁴⁸

El progresismo de carreteras, canales y exploraciones mineras y de hidrocarburos es común a los Gobiernos socialistas, que ahora fusionan dos formas de determinismo histórico, dos destinos ineluctables: el progreso y el comunismo. Abrazando el progreso han conquistado al gran capital, que terminaron por embelesar con jugosos contratos. Faltaba el pueblo. Por eso han procurado construir una base social que no sea erosionada por el malestar que brota de los megaproyectos y macroconcesiones, y de los múltiples lazos que han ligado a los Gobiernos socialistas del siglo XXI con el gran capital de casa y del extranjero. El progresismo de los Gobiernos socialistas ha mantenido las puertas y los brazos abiertos al gran capital, haciendo que tanto sus proyectos como sus métodos para imponerlos no se distingan de los que han empleado los dominantes —conservadores o liberales— desde la Independencia. Como señalan Machado y Zibechi: “El actual

45 *Ibidem*, pp. 139 y 144.

46 Grey Molina, G. (Mayo-junio de 2017).

47 Archondo, R. (Agosto de 2017).

48 Zibechi, R. (2016), p. 112.

neodesarrollismo implementado en América Latina por los llamados Gobiernos progresistas no es más que el viejo desarrollismo de los años treinta modernizado con un nuevo *look* acorde al presente siglo⁴⁹. Sobre sus ejecutores recae la condena que Sartre lanzó sobre el primer ministro socialista Guy Mollet cuando impulsó la invasión militar anglofrancesa en Egipto tras la nacionalización del canal de Suez: “Pone al servicio de los capitalistas el poder que él obtiene del apoyo de los asalariados”⁵⁰.

Mientras enormes sectores de la izquierda viven embutidos en las viejas categorías, centrando todo su análisis en torno al imperialismo y a su demonio con cachos y cola, el impresentable Donald Trump que les facilita la labor con sus bravuconadas mediáticas, los pueblos conciben el conflicto de otra forma y practican una defensa de la soberanía aterrizada. Zibechi explica en qué consiste: “Aquí la autonomía es otra cosa. Requiere una frontera, un perímetro inexpugnable para los de afuera, territorios bajo control de los de abajo donde no entren los de arriba... Hay que arrebatarle los territorios a quienes nos los robaron, sean Estado, hacendados o empresas... por eso el empeño del zapatismo en no dejar pasar políticas sociales, porque es tanto como romper esa frontera y dejar que la autonomía sea destruida. Entonces, organización, recuperación de tierras que se convierten en territorios autónomos y frontera. En esos territorios los sujetos colectivos hacen su vida de modo integral: alimentación, salud, educación, justicia, poder, y todo lo que podamos sumar”⁵¹. Igual que para los campesinos el Gobierno de Ortega no garantizaba sus intereses, el Gobierno de Morales no era garantía de los suyos para los habitantes del TIPNIS.

En ambos casos, la soberanía no se erigía contra los intereses imperiales, sino contra las disposiciones de Estados que se arrogaban el derecho de disponer de los recursos y vidas de unas comunidades a las que despreciaban. Por eso el movimiento anticanal, que es la combinación del elemento nacional y el local de resistencia contra la injerencia, es el mejor ejemplo de defensa de la soberanía. En Nicaragua, la defensa de la soberanía fue local y nacional; pero no contra el imperio estadounidense, sino contra el FSLN y el imperio chino.

Desde el progresismo, los Gobiernos socialistas han dado un salto al autoritarismo. Machado y Zibechi explican cómo se produce: “Este modelo en América Latina, bajo el discurso del socialismo del siglo XXI (...) [adopta] políticas pragmáticas cuya legitimidad se sustenta bajo del discurso del retorno de un Estado fuerte para la protección y el bienestar de la población. Se trata entonces de fortalecer la institucionalidad del Estado frente al empoderamiento desarrollado por la sociedad civil de antaño a través de los movimientos sociales, que en muchos casos llegaron incluso a ser antisistémicos, que articularon la resistencia contra el neoliberalismo. De esta manera, el modelo relacional establecido entre el liderazgo populista y sus gobernados se transforma en una lógica de autoritarismo basado en el consenso”⁵². Como hemos visto en los casos boliviano y nicaragüense, se trata de un consenso anémico, que no se nutre de la pluralidad de posiciones e intereses.

El modelo de que describen Machado y Zibechi tiene hondas raíces en la izquierda. Trotski, antes de su integración al grupo de los bolcheviques, identificó ese modelo en el

49 Machado, D. y Zibechi, R. (2016), p. 125.

50 Sartre, J.-P. (1983), p. 16.

51 Zibechi, R. (2016), p. 25.

52 Machado, D. y Zibechi, R. (2016), p. 121.

proceder de Lenin: “Los métodos de Lenin llevan a esto: la organización del partido primero sustituye al propio partido, después el Comité Central sustituye a la organización y finalmente el único ‘dictador’ sustituye al Comité Central”⁵³. Por supuesto, esa no era la idea primigenia; pero hacia ahí fue derivando —desde antes de tomar el poder— por las decisiones que Lenin fue tomando para eliminar y neutralizar a la disidencia en sus filas y fuera de ellas. El modelo inicial del comunismo leninista era el poder de los soviets más electricidad. Pronto los soviets estuvieron excluidos de los espacios de poder, a medida que se consolidaba una pesada burocracia Estado-partido. Juzgado por su trayectoria y resultados, el modelo del socialismo del siglo XXI es el autoritarismo más pactos pragmáticos con el gran capital. Para consumir el autoritarismo, es necesario el desmantelamiento de la democracia y de los órganos críticos de la sociedad civil que, antes del ascenso del club del Alba al poder, aportaban los activistas y pensadores antisistema. Una vez hecho esto, se desbroza el camino hacia los pactos pragmáticos. Y todo queda disimulado porque el dinero *non olet*. El saldo es la guerra contra los pueblos.

Esta dinámica escapa a las críticas de muchos pensadores de la izquierda. Pablo Stefanoni observó que “una parte de la izquierda regional defiende al madurismo en nombre de la revolución y de la lucha de clases”⁵⁴. Pero ¿caso “lucha de clases” es el término que mejor define las contradicciones actuales? La rebelión de abril en Nicaragua fue ejecutada por una amalgama de clases y grupos organizados y unas masas autoconvocadas. Esos son los excluidos del sistema donde una burguesía emergente (en

Nicaragua, Brasil y Venezuela al amparo del partido; en Bolivia bajo la forma de cooperativas mineras protegidas por el Estado) pactó con los capitales establecidos para acaparar, desalojar y desplazar ciudadanos y comunidades. Los intelectuales al servicio del club del Alba siguen aferrados a categorías analíticas que conservan su utilidad, pero no las usan para analizar, sino para construir una cadena de deducciones que terminan siempre en el mismo punto: el imperialismo. Disfrazan su premisa de hallazgo. Y todo porque creen que la izquierda en el poder está investida de infalibilidad. Se identifican con Bujarin antes que con Luxemburgo, olvidando que los Bujarin están destinados a destinados a padecer la ingratitud de los Stalin.

Los falsos dilemas

En un escrito muy equilibrado sobre los renegados de la izquierda, Isaac Deutscher declaró: “El mundo está escindido entre el estalinismo y la alianza antiestalinista de modo muy parecido a como estuvo entre la Francinapoleónica y la Santa Alianza. Es una escisión entre una revolución ‘degenerada’, explotada por un déspota, y una agrupación de intereses conservadores predominantes, aunque no exclusivos. En términos de política práctica, la elección parece estar ahora, como lo estuvo entonces, limitada a esas alternativas. Sin embargo, los aspectos buenos y malos de esta controversia están tan desesperadamente confundidos que, cualquiera que sea la elección que se haga, y cualesquiera que sean los motivos prácticos de la misma, es casi seguro que a la larga, y en el sentido más ampliamente histórico, esté equivocada”⁵⁵.

53 Ali, T. (2012), p. 51.

54 Stefanoni, P. (Agosto de 2017).

55 Deutscher, I. (1970), p. 24.

Los intelectuales que deben emitir juicios sobre el socialismo latinoamericano del siglo XXI se enfrentan a falsos dilemas, de algún modo semejantes al que menciona Deutscher. La versión conservadora del dilema es: tiranía o democracia (chavismo o democracia, orteguismo o democracia). En versión de la izquierda, el dilema es gobierno popular o imperialismo. Pero sabemos que la democracia genuina no vendrá tras el derrocamiento de Maduro y Ortega, y también sabemos que sus regímenes no representan gobiernos populares, sino tiranías de opereta. ¿Será que los pueblos están obligados a elegir entre seguir los dictados del imperio o los de un tirano local? A ras de suelo no hay dilemas. El socialismo en Nicaragua ha sido la mano visible de fuerzas sistémicas para ejecutar los mismos desalojos y acaparamientos perpetrados en la Honduras del capitalista Juan Orlando Hernández. El capital *non olet*. Sobre todo, no tiene olor ideológico.

Ante la izquierda que blande el cuchillo sacrificial, las multitudes que se oponen a Ortega y Maduro son indignas porque prefieren empleo, papel higiénico, agua potable, energía eléctrica, tierra y frijoles antes que el socialismo del siglo XXI, que les promete mucho más que eso en un futuro siempre inmediato pero inalcanzable. Esos regímenes reciben el apoyo de importantes sectores de la izquierda europea porque los pueblos de América Latina han vuelto a cargar con el insoportable fardo de ser su utopía en la tierra: su mundo nuevo. Sobre esa base, algunos políticos y analistas han llevado el nivel de distorsión del debate al punto en que las disyuntivas parecen ser las ideas o la gente, los principios o los seres humanos. Y esta es una falsificación de lo que en verdad está en juego, pero sirve como síntoma de que hay dos sistemas de valores en pugna: los que apuestan por la vida de las mujeres y hombres concretos, y los que

inmolan a estos en los altares de las grandes ideas.

La izquierda debe decidir si ser una izquierda crítica con la tradición autoritaria a la manera de Rosa Luxemburgo o ser una izquierda sobaleva —como dicen en Honduras— como los intelectuales de Podemos, pensadores que abrieron sus monederos y sus iglesias para recibir los petrodólares del chavismo. Ese es el dilema. Para quienes apostamos por la noble idea del comunismo, el ejemplo de Luxemburgo nos inspira a ponerle patas y manos a esa idea, y hacerlo con realismo, creatividad y sin renunciar a la crítica y a la autocrítica. El comunismo no puede dar menos, sino mucho más que la democracia liberal. Ser de izquierda hoy exige ser feminista y ecologista. ¿Cómo pueden ser de izquierda Gobiernos que pactan con los depredadores internacionales de recursos naturales del sur y que niegan el derecho al aborto terapéutico? La lucha contra el patriarcado, la minería, el saqueo de las mafias madereras y las grandes corporaciones que polucionan el medioambiente y las mentes deberían estar presentes en las agendas de todos los políticos responsables. Y mucho más en la de la izquierda. Norberto Bobbio encontró un mínimo común denominador de lo que significa ser de izquierda: la distribución de los recursos según las necesidades para disminuir las desigualdades sociales y reducir las desigualdades naturales. Pero para distribuir hacen falta al menos dos condiciones: tener algo que distribuir y que los potenciales beneficiarios no estén presos ni muertos. ¿Cómo maneja esto la izquierda indiferente o proclive a los sacrificios humanos?

Referencias bibliográficas

Aleksiévich, S. (2015). *El fin del "Homo sovieticus"*. Barcelona: Acantilado.

- Ali, T. (2012). *La idea del comunismo*. Madrid: Alianza.
- Applebaum, A. (2017). *Red Famine: Stalin's War on Ukraine*. Londres: Allen Lane.
- Archondo, R. (Agosto de 2017). Evo y su terca carretera. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <http://nuso.org/articulo/evo-y-su-terca-carretera/>.
- Banco Central de Nicaragua (2019). Cuadros de Anuario de Estadísticas Macroeconómicas (1960-2018). Recuperado de https://www.bcn.gob.ni/estadisticas/anuario_estadistico/index.php.
- Beauvoir, S. de (2017). *La fuerza de las cosas. Autobiografía III*. México: Debolsillo.
- Cortázar, J. (1984). *Nicaragua tan violentamente dulce*. 4.^a ed. aumentada. Buenos Aires: Muchnik Editores.
- Dawkins, R. (1994). *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat.
- Deutscher, I. (1970). *Herejes y renegados*. Barcelona: Ariel.
- (1975). *Ironías de la historia*. Barcelona: Península.
- El País* (1 de mayo de 2019). “No hay que ponerse delante de la tanqueta”, dijo Mujica sobre incidentes en Venezuela. Recuperado de <https://www.elpais.com.uy/informacion/politica/hay-ponerse-delante-tanqueta-dijo-mujica-incidente-venezuela.html>.
- Grey Molina, G. (Mayo-junio de 2017). El reto posneoliberal de Bolivia. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <http://nuso.org/articulo/el-reto-posneoliberal-de-bolivia/>.
- Harari, Y. N. (2015). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Barcelona: Debate.
- Jameson, F. (Julio-agosto de 1987). Tomás Borge on the Nicaraguan Revolution. *New Left Review*, 164, pp. 51-64.
- Kautsky, K. (1919). *Terrorismo y comunismo. Contribución a la historia natural de la revolución*. Berlín: Verlag Neues Vaterland, E. Berger & Co. (Valencia: Alejandría Proletaria, 2018). Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1919/1919-terrocomu-kautsky.pdf>.
- Lenin, V. I. (11 de agosto de 1918). Telegrama a comunistas de Penza. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/11-viii-18.htm>.
- Luxemburgo, R. (2008). *La revolución rusa. Un examen crítico*. La Plata: Terramar.
- Machado, D. y Zibechi, R. (2016). *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*. Málaga: Zambra-Baladre.
- Petras, J. (26 de diciembre de 2008). Bernard Madoff: Wall Street Swindler Strikes Powerful Blows for Social Justice. *Red Voltaire*. Recuperado de <https://www.voltairenet.org/article158903.html>.
- Redacción Central (8 de noviembre de 2012). Rosario: Nosotros en esta Nicaragua Unida nos sentimos bendecidos, prosperados y en victoria. *La Voz del Sandinismo*. <https://www.lavozdelsandinismo.com/nicaragua/2012-11-08/rosario-nosotros-en-esta-nicaragua-unida-nos-sentimos-bendecidos-prosperados-y-en-victoria/>.

- Sartre, J.-P. (1983). *El fantasma de Stalin*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sebag Montefiore, S. (2017). *La corte del zar rojo*. México: Crítica.
- Stefanoni, P. (Agosto de 2017). El retroceso “nacional-estalinista”. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <http://nuso.org/articulo/el-retroceso-nacional-estalinista/>.
- Suetonio (1977). *Vidas de los doce césares*. México: Cumbre.
- Zibechi, R. (5 de octubre de 2018). Nicaragua y la izquierda. Silencios que matan. *Aporrea*. Recuperado de <https://www.aporrea.org/internacionales/a266803.html>.
- (2016). *Latiendo resistencia. Mundos nuevos y guerras de despojo*. Málaga: Zambra-Baladre.
- Žižek, S. y Robespierre, M. (2010). *Virtud y terror. Slavoj Žižek presenta a Robespierre*. Madrid: Akal.